Vanidad y fe

Ideas sobre el futuro de la Historia

Aldo Poblete Varas

I. Casiopea, o la incapacidad de devenir

En el ser humano existen tendencias hacia ciertas clases de actos: tendencias que emanan de su propia naturaleza. La naturaleza es lo que se asienta mediante la práctica, mediante el hacer a lo largo del tiempo. La naturaleza es, fundamentalmente, repetición. La tendencia a realizar ciertas clases de actos es experimentada por cada miembro de la especie, y así ha sido desde que la conciencia brotó por primera vez de nosotros. Estas tendencias también se experimentan, y por tanto son observables, en las grandes colectividades humanas. Lo que ocurre a una escala pequeña o mínima también ocurre en dimensiones mayores.

Estas tendencias parecen querer decirnos que lo que ha sido seguirá siendo, siempre con la nota al pie de que, por supuesto, esto no ocurrirá de la misma forma: los modos variarán mientras el contenido perdura. Es en el desarrollo de los pueblos donde estas tendencias se transmutan en los mitos y las cargas que atormentan o fortalecen a quienes viven y proliferan bajo su yugo. Lo que generalmente se pasa por alto, ya sea en la experiencia misma o en las elaboraciones teóricas que vienen después, es que las tendencias son producto de un peso que casi por definición impregna los procesos de tal manera que la movilidad que supone cada momento, por una u otra razón, nunca llega a desplegarse.

Hay tendencias en lo que llamamos historia, y estas amenazan permanentemente la idea de progreso, pues siempre persiste la sospecha de que las cosas, tarde o temprano, vuelven a su cauce. Hay una gran dirección en la historia, y esa dirección se expresa a través de las tendencias. Parte de lo problemático de todo esto radica en que estas tendencias suelen estar aderezadas con cierta atmósfera trágica, una suerte de sentimiento de que todo conduce al final a la ruina y la extinción. Hay mucho amor propio en tales tendencias, porque esas versiones de ellas están demasiado bajo la influencia de quienes primero les dieron existencia; en ellas abundan el genio y las miserias de los seres que las trajeron al mundo.

El itinerario humano está climatizado por la fragancia estética de quienes forjan lo real, de quienes, con sus actos o con su ausencia, conducen a las masas por los siniestros callejones de un destino que al vulgo siempre se le muestra indefinido. Está claro que la perfección no es uno de los rasgos de los que el poder ha logrado impregnarse a lo largo de todo este recorrido, pero eso no es más que un detalle menor. Aquí hablamos de visiones enormes, que abarcan territorios y mundos que o bien nunca han sido pensados o, si lo han sido, solo lo han sido de forma muy periférica y fragmentaria, gracias a la intervención de seres de una sensibilidad superior, seres que, debido al peso inconmensurable de la tarea, tendían a ser destruidos al llevarla a cabo.

Las tendencias son importantes porque nos muestran que lo que es, es. De esto resulta claro que la idea de un centro inexistente carece de sentido, y que todo lo que avanza está atrapado en su propio sueño.

II. Apertura a la idea marginal

¿De qué se trata, entonces? Quizás la única manera de responder a esto (o, más bien, la única manera de producir alguna pista sobre cómo operan estas fuerzas) radique en aceptar dos ideas: primero, que lo arbitrario nos constituye como humanos; segundo, que lo arbitrario no es sinónimo de voluntad sino de obediencia.

¿Es posible obedecer si se desconoce el origen de la dominación? La respuesta exige que afirmemos que la pregunta está mal planteada, porque presupone que no conocemos el origen de la dominación, que no conocemos aquello que impone su voluntad sobre nuestras existencias. Pero no es así: sabemos muy bien qué guía nuestras existencias, las tendencias. Sin embargo, tener una idea de que lo que ocurre en los mundos es resultado de un gran movimiento no implica necesariamente conocimiento, y menos aún un compromiso con tales dinámicas. ¿Cómo podría? Lo que nos mostró el siglo XX fue el resultado lógico de la acumulación de convicciones, y ninguna de ellas convergió; de hecho, se contradecían entre sí.

La clave aquí está en advertir que tal contradicción no era realmente contradicción alguna, que solo se trataba de perspectivas. Como humanos somos extremadamente vulnerables a la idea de que nuestra subjetividad, y el dolor que lleva implícito, es el signo irreductible de un orden moral más o menos definido. Pero eso es, evidentemente, algo de gran peligro. Es muy difícil concebir procesos que nos sean ajenos, que prescindan de nosotros y que de hecho nos conciban como elementos que estructuralmente enturbian u obstaculizan la tendencia. Esa manera de observar, de comprender las cosas, es propia solo de quien se ha situado a una altura demasiado pequeña.

Lo que importa aquí es ser capaces de observar las tendencias (eso es muy importante), pero más importante aún es ser capaces de observar la gran tendencia: aquella en la que todas las demás tendencias, a la manera de los afluentes de un río, terminan convergiendo; aquella que las integra a todas y es capaz de hacer de todas ellas algo no solo cuantitativamente distinto, sino cualitativamente distinto.

También hay que aceptar los límites de nuestros conceptos, llenos de palabras e imperfecciones, ejemplos feroces de lo que significa habitar una pequeña tendencia. Todavía no poseemos las herramientas para poder operar en un nivel diferente, pero eso es solo cuestión de tiempo; la ciencia tiene ese como su objetivo último, aunque parte del mundo científico crea gozar de cierta libertad de acción, o sostenga la idea ciertamente infantil de estar guiado únicamente por la emergencia caótica de fenómenos.

Este es un momento que nos dice, fundamentalmente, una cosa: hay que posicionarse, tomar partido, dejar de lado cualquier idea relativa a posibles comuniones entre bandos opuestos. Estamos en un momento en el que lo más importante es no mostrar las armas, ocultarse, aprovechar que todavía existe algo parecido a un bosque oscuro, esperar agazapados hasta que llegue el momento de atacar.

III. La vida es una mentira

Llenos de mitos, llenos de héroes, llenos de los desastres de quienes nos precedieron, completamente ahogados en la atmósfera que se nos impuso a fuerza de educación y silencio. Ahora, a la manera de príncipes decapitados que deambulan por viejos castillos asustando a los nuevos huéspedes, intentamos recuperar algo de esa humanidad que tanto se empeñaron en definirnos, y que hasta ahora solo unos pocos han logrado teorizar de alguna manera decente. ¿No bastaba toda esta carne?

Estamos ahora en la era de la ciencia, instrumento del fanático y del asceta, que desde un lenguaje espectral controlan poco a poco el mundo, para bien de la mayoría, pese a que esta, por una estupidez vanamente denunciable, cree lo contrario. Es a través de toda esta cultura, el líquido amniótico que nos nutre y al mismo tiempo amenaza con acabar con nuestras vidas, como se ofrecen las mejores respuestas al embrollo titánico en el que nos encontramos atrapados.

Es a través de una matemática más avanzada, capaz de abarcar todo lo que es y, más importante aún, todo lo que ha sido, como el ser humano podrá tocar esta gran jaula llamada la gran tendencia. La disciplina histórica es la llamada a organizar esta gran reconstrucción. Hablamos aquí de reconstrucción porque lo que está en juego es poner fin a las formas de destrucción que han existido a lo largo del tránsito humano.

Son los historiadores quienes tendrán, en buena medida, que unir los mundos de las humanidades y de las ciencias exactas, sin ser expertos en ninguno en particular, pero con un pie en cada uno, para poder orientar (si es que tal palabra todavía puede pronunciarse sin vergüenza). Esa es, en cualquier caso, la idea fundamental: orientar. Esto es necesario porque la tarea es gigantesca, de tal tamaño que buena parte de lo que hoy somos capaces de teorizar sobre ella seguramente será puesta en cuestión muy pronto, no tanto en sus líneas generales como en sus detalles técnicos.

Buena parte de lo que seremos dependerá en buena medida del desarrollo de la tecnología avanzada, y especialmente de las inteligencias artificiales: máquinas capaces de muchas cosas, pero (y esto es lo que más nos interesa como historiadores) fundamentalmente capaces de diseñar maneras de abarcar lo que es radicalmente distintas de las que nosotros mismos podríamos proporcionar. Las formas importan poco mientras no obstaculicen el contenido; es este último el que debe permanecer inalterado, suponiendo que todavía sepamos reconocerlo.

Son los historiadores del presente y del futuro, entonces, quienes están llamados a arrojar luz, con todas las herramientas que la técnica pone a su disposición, sobre las tendencias del desarrollo humano, y a ver si es posible encontrar algo más que tendencias: quizás alguna pista sobre el sentido de la historia. Estamos, por supuesto, en un momento de transición, atravesando cambios tecnológicos de gran potencia, que pueden en un momento alterar radicalmente nuestras perspectivas. No nos encontramos en ningún desarrollo lineal, pues se entremezclan varias orientaciones y confunden fácilmente al observador descuidado.

Es en las tendencias donde debemos rastrear el signo que delata o construye aquello que llamamos el ser humano. A la espera de un mejor pronóstico, nos encerramos con nuestros instrumentos y comenzamos la recepción de cualquier señal mínimamente viable. Es una idea entre otras, con un centro tan negro como un sol negro.

IV. Dejar de nacer

La tarea de los historiadores, entonces (si la tarea es suya y no algo que solo denominamos suyo por costumbre), será la de construir el mapa a partir del cual pueda llevarse a cabo la gran reconstrucción. Esto nos llevará a la destrucción de la idea de mundo, y abrirá la existencia a la aceptación de que todas las realidades existen simultáneamente, aunque esto no supondrá aceptar ninguna clase de quietud ni noción de salvación perpetua. Todo estará delimitado, constreñido dentro de nuestro sistema-mundo literal, con sus propias fortalezas pero también con sus indefensiones, que generalmente se manifestarán en cuestiones relativas a la dimensionalidad de las posibilidades existenciales.

La idea de memoria también se resignificará, en la medida en que ya no será un fenómeno propio de quienes de una u otra manera experimentan el mundo y que, a través de esa misma experiencia, almacenan patrones que después pueden, en mayor o menor medida, reutilizar o simplemente volver a experimentar. Todo esto amplía el campo o la noción tradicional de lo que es y no es la historia.

Esto es especialmente revelador: si la disciplina histórica ha de tratar sobre algo, será sobre dar cuenta de los acontecimientos del pasado de la manera más fiel posible, y sobre formas cada vez mejores de preparar el presente para asumir la llegada del pasado. En cierto modo se producirá una inversión de la noción de tiempo: siempre se habla del pasado como algo que está detrás y del futuro como algo que está delante.

Las tareas de los historiadores humanos y no humanos ciertamente no se limitarán a la construcción del gran mapa, aunque esta sea sin duda, al menos en primera instancia, su tarea más importante. También serán fundamentales en lo relativo a las futuras prácticas del derecho, considerando que las nociones de este último fundadas esencialmente en el criterio de los jueces serán reemplazadas masivamente por sistemas que busquen hacer posible la visualización precisa de lo ocurrido en cualquier conflicto o situación justiciable, una perspectiva ante la cual quizás no haya que apresurarse a alegrarse.

Es, por tanto, un escenario cuando menos confuso el que experimentará la historia en el tiempo venidero, viéndose obligada a dejar atrás, lenta pero sistemáticamente, las nociones que la comprenden como una práctica esencialmente dedicada a la precaria recolección de datos y a la interpretación. Todas las humanidades sufrirán cambios similares. Todas modificarán, poco a poco, las perspectivas que las fundamentan únicamente en la idea de ciertos misterios o preguntas supuestamente inabarcables por la lógica y las matemáticas.

Viviremos un verdadero desencantamiento del mundo, pero con resultados muy distintos de los que podría prever una mentalidad conservadora. El velo que cubre muchos de los fenómenos todavía cautivos de cierta aura, de cierta oscuridad, quedará expuesto en todas sus minucias, sin que esto implique, como cree la mentalidad vulgar, pérdida alguna de estos fenómenos, sino la oportunidad de experimentar a través de ellos goces mucho más profundos y, si la palabra todavía se aplica al otro lado de este tránsito, en último término mucho más humanos.

En buena medida, entonces, lo que está en juego es prender fuego al brasero del devenir y hacer hervir al animal entero, sin dejar ningún espacio posible a la especulación.